

LIBERTAD Y ACCIÓN AUTOCONTROLADA EN CHARLES S. PEIRCE¹

Hedy Boero
Universidad de Navarra

Pocos años antes de su fallecimiento, Charles S. Peirce (1839-1914) escribía acerca de la libertad lo siguiente: “Dios ha creado a cada hombre *libre*, y no ‘obligado’ a ninguna clase de conducta sino a la que él libremente elige. Es verdad que no puede estar contento sin un gobierno firme y rígido sobre sus impulsos; pero se trata de un autogobierno, instituido por él mismo para ajustarse a él mismo; copiado en su mayor parte, es verdad, del gobierno que sus padres ejercieron cuando era un niño, pero sólo continuado porque encuentra que responde a *sus propios* propósitos y no en lo más mínimo porque esté ‘obligado’ en ningún sentido propio cualquiera” (*EP* 2.459-460, 1911)². Aunque Peirce no dedicó estudios especiales al tema de la libertad, se pueden encontrar abundantes reflexiones como la anterior a lo largo de toda su obra. Esto no resulta extraño puesto que la noción de libertad es uno de los presupuestos básicos del pragmatismo peirceano.

Peirce presenta al pragmatismo como un método lógico que no es sino una aplicación particular de una sentencia evangélica: “por sus frutos los conoceréis” y proclama que, para conocer el significado de un concepto, debemos conocer no su utilidad, sino sus posibles consecuencias prácticas (*CP*

1 Este trabajo es realizado en el marco de los Programas de Becas MAEC-AECID.

2 Las referencias a los textos de Peirce se hacen indicando la fuente y el año de redacción original. Las abreviaturas utilizadas para las fuentes son las siguientes: *CP* corresponde a *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, vols 1-8, C. Hartshorne, P. Weiss y A. W. Burks (eds), Harvard University Press, Cambridge, MA, 1931-1958 (edición electrónica de J. Deely, IntelLex, Charlottesville, VA, 1994); *EP* corresponde a *The Essential Peirce. Selected Philosophical Writings*, vols 1-2, N. Houser *et al* (eds), Indiana University Press, Bloomington, 1992-1998; *PPM* corresponde a *Pragmatism as a Principle and Method of Right Thinking. The 1903 Harvard Lectures on Pragmatism*, P. A. Turrisi (ed), State University of New York Press, Albany, NY, 1997.

5.402n2, 1878; *CP* 5.465, c.1907)³. En opinión de Peirce, la máxima pragmática puede ser un instrumento eficiente no sólo en la filosofía y en cada rama de la ciencia, sino también en la vida de cada persona (*PPM* 109; *CP* 5.14, 1903). La cuestión estriba en estar deliberadamente preparado para adoptar la concepción en la que se cree, o que se afirma, como guía para la acción. De allí que la máxima lógica del pragmatismo se constituya en una máxima de la conducta vital, una máxima para el obrar libre del sujeto (*PPM* 116; *CP* 5.27, 1903). La temática de la libertad, por consiguiente, no es ajena al pragmatismo de Peirce. Mi propósito es esbozar algunas de sus nociones acerca de la libertad según el siguiente plan: en primer lugar, situar la cuestión de la libertad en el contexto de las ciencias normativas; después, presentar la idea peirceana de libertad en relación con las nociones de autocontrol y autocrítica.

1. Las ciencias normativas y la conducta deliberada

En la clasificación peirceana de las ciencias, las ciencias normativas —estética, ética y lógica— constituyen el núcleo central de la filosofía y una de las claves del pragmatismo. Las ciencias normativas guardan entre sí una relación de subordinación según la cual lo lógicamente bueno es una especie de lo moralmente bueno, que, a su vez, es una especie de lo estéticamente bueno. La lógica es la ciencia que estudia las acciones de la razón. Es la doctrina de lo que debemos pensar. La ética, por su parte, es la ciencia que estudia las acciones ordenadas a fines, es decir, las acciones autocontroladas. Es la doctrina de lo que deliberadamente elegimos hacer. La estética, por último, es la ciencia que estudia cuáles son los propósitos o fines de dichas acciones deliberadas; por lo tanto, es la doctrina que indaga sobre lo que es admirable por sí: el ideal o fin último de la conducta autocontrolada.

Lo que une a estas tres ciencias es la noción de conducta deliberada y su ordenación a un fin. Las acciones de la razón que estudia la lógica son acciones deliberadas, es decir, son una especie de las acciones referidas a fines sobre las cuales el sujeto ejerce autocontrol; por ello, la lógica está subordinada a la ética. Peirce lo explica del siguiente modo: la lógica propiamente dicha “es la *crítica* de los argumentos, la declaración de que son buenos o malos” (*PPM* 196; *CP* 5.108, 1903). La inferencia racional es esen-

3 La “máxima del pragmatismo”, tal como Peirce la formuló originalmente, dice lo siguiente: “Considérese qué efectos, que pudieran concebiblemente tener relaciones prácticas, concebimos que tiene el objeto de nuestra concepción. Entonces, nuestra concepción de esos efectos es la totalidad de nuestra concepción del objeto” (*PPM* 111; *CP* 5.18, 1903).

cialmente deliberada y autocontrolada; por ende, es esencialmente crítica, pues es inútil criticar como bueno o malo aquello que no puede ser controlado⁴. Por eso, el razonamiento entraña esencialmente el *autocontrol* y está sujeto a la ética. “De suerte que la *logica utens* es una especie particular de la moralidad. La bondad y la maldad lógicas, que es simplemente la distinción entre la *Verdad* y la *Falsedad* en general, equivalen tan sólo a una aplicación particular de la distinción más general entre la Bondad y la Maldad morales, o entre la Rectitud y la Perversidad” (PPM 196; CP 5.108, 1903). Dicho de otro modo, si lo que pensamos se interpreta en términos de lo que estamos preparados para hacer, entonces seguramente la lógica, o la doctrina de lo que debemos pensar, tiene que ser una aplicación de la doctrina de lo que deliberadamente elegimos hacer, que es la ética (PPM 118; CP 5.35, 1903)⁵.

Ahora bien, qué elegimos deliberadamente hacer o cuáles son los fines de la acción que estamos deliberadamente dispuestos a adoptar es una cuestión que no concierne a la ética sino que es tarea propia de la estética. Para Peirce el fin es el objeto esencial de la ciencia normativa, y está vinculado al acto voluntario de un modo tan primordial como no lo está a ninguna otra cosa. De modo que el hombre recto es el hombre que controla sus pasiones y las hace conformarse con los fines que está dispuesto a adoptar deliberadamente como últimos. Pues bien, “un fin último de la acción *deliberadamente* adoptado — es decir, *razonablemente* adoptado— debe ser un estado de cosas que *se recomienda razonablemente en sí mismo*, más allá de cualquier consideración ulterior. Debe ser un *ideal admirable*, en posesión del único tipo de bondad que un ideal así *puede* tener, a saber, la bondad estética. Desde este punto de vista, lo moralmente bueno aparece como una especie particular de lo estéticamente bueno” (PPM 212-213; CP 5.130, 1903).

Por tanto, la acción deliberada, autocontrolada o libre es la cuestión central de las ciencias normativas: el razonamiento que estudia la lógica es una especie de acción autocontrolada y, por ello, está sujeto a la ética, que, a su vez —por estudiar la acción deliberada— está referida a fines, lo que la su-

4 Peirce desarrolló en profundidad esta idea en “*Why Study Logic?*”, CP 2.123, 144-146, 181-182 (c.1902).

5 La otra cara de este mismo hecho es que la lógica y el conocimiento en general están subordinados a la ética, de modo que no son moralmente neutrales. El razonamiento es una forma de conducta controlada y, por eso mismo, tiene una dimensión ética. Por tanto, de la concepción peirceana se sigue que la investigación científica y filosófica implican un compromiso moral, en tanto que, a través de la actividad cognoscitiva y de la investigación, el ser humano se orienta deliberadamente hacia un fin último.

bordina a la estética. Ahora bien, ¿en qué consiste esa libertad o autocontrol propio de las acciones deliberadas que son objeto de las ciencias normativas?

2. Libertad y acción autocontrolada

Decir que una conducta es deliberada significa, para Peirce, que el agente *revisa* cada acción y *juzga* si desea que su conducta futura sea así o no. Su autocrítica, seguida por una resolución más o menos consciente —que a su vez provoca una determinación de su hábito—, y con la ayuda de las posibles consecuencias a las que daría lugar la conducta deliberada, *modificará* su acción futura⁶. En la concepción de Peirce, la libertad refiere tanto al autocontrol como a la autocrítica. El hombre es libre no sólo por su capacidad de autogobernarse según los fines que él mismo se propone, sino también y sobre todo por su capacidad de volver reflexivamente sobre sí mismo para auto-examinarse, para revisar y juzgar su propia conducta —presente o pasada—, comparándola con un modelo, en vistas a una evolución o mejoramiento de su obrar futuro.

Para Peirce el ser humano es capaz de controlar y modificar su conducta. Pero, ¿de qué manera ejerce ese autocontrol? En “*What Makes a Reasoning Sound?*” (EP 2.242-257; CP 1.591-615, 1903) realiza una descripción detallada del fenómeno del autocontrol, en la que se integra también la noción de autocrítica, ya que no puede haber autocontrol donde no hay autocrítica. Peirce inicia su caracterización diciendo que “todo hombre tiene ciertos ideales de la descripción general de conducta que conviene a un animal racional en su particular situación en la vida, lo más acorde con su naturaleza completa y sus relaciones” (EP 2.245; CP 1.591, 1903).

A continuación desarrolla una descripción de la estructura interna y dinámica de la acción libre. En primer lugar afirma que la persona asimila esos *ideales de conducta* en su niñez, los cuales se van conformando gradualmente a su naturaleza personal y a las ideas de su círculo social, “más por un proceso continuo de crecimiento, que por algunos actos de pensamiento definidos” (EP 2.246; CP 1.592, 1903). Ahora bien, el sujeto reflexiona sobre estos ideales y esa reflexión lo hace tender a que su propia conducta se conforme a ellos, al menos a los que más adhiere. Luego, formula ciertas *reglas de conducta*, que le sirven para guiar sus acciones y para minimizar los efectos de alguna inadvertencia futura. Aquí nuevamente hay una reflexión sobre esas

6 Cfr. C. S. PEIRCE, “*What Makes a Reasoning Sound?*”, EP 2.245-247, 248; CP 1.591-593, 598 (1903).

reglas y sobre las ideas generales que las sustentan, lo que puede llegar a modificar la disposición del sujeto, es decir, lo que se inclina a hacer naturalmente. Cuando la persona prevé que va a surgir una ocasión especial, considera cómo va a actuar, y de acuerdo a su disposición, tal y como es en ese momento, forma una *resolución*, esto es, un plan o diagrama, que consiste en una fórmula mental siempre más o menos general. Siendo nada más que una idea, esa resolución no influye necesariamente en su conducta. Pero si la imprime como una lección en su memoria, se convierte en una *determinación*⁷, que en este caso sí es un agente realmente eficiente. Pero un hombre, dice Peirce, no siempre tiene oportunidad de formar una resolución definida de antemano. En tales casos hay determinaciones de su naturaleza menos definidas, pero bien marcadas, como pueden ser los hábitos⁸, que se desarrollan a partir de las reglas generales de conducta que ha formulado. O en casos en los que no se han formulado tales reglas, su ideal de conducta adecuada habrá producido alguna disposición. Finalmente, la ocasión anticipada surge realmente y el hombre actúa (*EP* 2.246-247; *CP* 1.592-593, 1903)⁹.

Aparecen, luego, tres niveles de reflexión o autocrítica de la propia conducta moral. En el primero hay una revisión cuidadosa en la que el sujeto se pregunta si su conducta fue acorde a su *resolución*, que es acompañada por

7 “Baste decir que la determinación, o agente eficiente, es algo oculto en las profundidades de nuestra naturaleza. Una cualidad peculiar de sensación acompaña los primeros pasos del proceso de formar esa impresión, pero más tarde no tenemos conciencia directa de ella. Podemos llegar a ser conscientes de la disposición, especialmente si es reprimida. En ese caso, la reconoceremos mediante una sensación de *necesidad*, de *deseo*” (*EP* 2.246; *CP* 1.593, 1903).

8 Para Peirce los hábitos son leyes generales de acción tales que en una clase general de ocasiones un hombre será más o menos apto para actuar de una cierta manera general (*CP* 2.148, c.1902). Los hábitos se generan a partir de la propia conducta, pues unos sentimientos críticos respecto de los resultados de las acciones precedentes estimulan los esfuerzos para repetir o modificar esos efectos (*EP* 2.431, 1907).

9 Como el mismo Peirce explica, la acción libre del hombre no siempre se configura según todos y cada uno de estos pasos. En su opinión, además, el sujeto obra más por instinto que por la razón, sobre todo en los asuntos de la vida cotidiana (*CP* 2.176, c.1902). Sólo un hombre excepcional o en una situación excepcional, a falta de una regla práctica, se ve forzado a razonar sus planes a partir de primeros principios. La mayoría de las veces cometerá errores garrafales, por lo que la razón es tan falible como el instinto (*CP* 2.176, c.1902). El único camino racional, entonces, es confiar en la autoridad de la propia conciencia, por más que algunos de sus dictados puedan parecer poco razonables e, incluso, errados. Además, el ser humano no está provisto de una gran reserva de instintos para hacer frente a todas las ocasiones; y puede suceder también que para ciertos propósitos, el instinto deje de ser aplicable. En esas circunstancias, el hombre se ve forzado a “la intrépida empresa de razonar” (*CP* 2.178, c.1902). El mejor plan, entonces, consiste en que “nuestra conducta se base sobre el Instinto tanto como sea posible, pero cuando lo hacemos en la razón, razonar con una lógica científica severa” (*CP* 2.178, c.1902).

una cualidad de sensación —es decir, una sensación de satisfacción o de rechazo— (EP 2.247; CP 1.596, 1903). En el segundo nivel, la persona puede investigar con más profundidad su conducta y preguntarse si fue acorde a sus *intenciones generales*. Aquí de nuevo habrá un juicio y una sensación que lo acompañe, y directamente después un reconocimiento de que la sensación era placentera o dolorosa (EP 2.247; CP 1.597, 1903). Si el juicio es favorable, el placer será menos intenso que el anterior, pero la sensación de satisfacción será más profunda. En el tercer nivel, el sujeto va más allá y se pregunta cómo la imagen de su propia conducta es acorde con los *ideales de conducta* que se adecuan a un hombre como él. Aquí seguirá un nuevo juicio con su sensación acompañante, seguido de un reconocimiento del carácter placentero o doloroso de esa sensación (EP 2.248; CP 1.598, 1903).

Peirce dice que un hombre puede *criticar* su propia conducta de alguna o de todas estas maneras. No se trata de una mera alabanza o culpa inútil, sino de una “aprobación o desaprobación de la única clase respetable, esa que producirá fruto en el futuro. Ya esté el hombre satisfecho o insatisfecho consigo mismo, absorberá la lección como una esponja, y la siguiente vez tenderá a hacerlo mejor de lo que lo hizo antes” (EP 2.248; CP 1.598, 1903)¹⁰. Además de estos tres niveles de reflexión sobre la propia conducta o “estas tres auto-críticas de una única serie de acciones”, un hombre revisará de vez en cuando sus *ideales*. Éste sería un cuarto nivel de autocritica. Los ideales no son asimilados primero en la conciencia del hombre, sino “en las profundidades de su ser razonable” (EP 2.248; CP 1.599, 1903). Más adelante el sujeto los lleva al plano de la conciencia a través de la autorreflexión.

El fenómeno del autocontrol conlleva, por tanto, un proceso de autorreflexión o autocritica, por el cual la persona va ganando en conocimiento de sí, de su propio obrar y de los propósitos e ideales que se propone a sí misma, siempre conquistando nuevas regiones de inteligibilidad y auto-transparencia. Este conocimiento hace al sujeto cada vez más dueño de sí y de su propia conducta; por ende, lo hace cada vez más libre. Es por ello que Peirce concluye afirmando que “el hombre *puede* o, si se quiere, está *obligado* a, *hacer su vida más razonable*. ¿Qué otra idea distinta a ésta, me gustaría saber, puede atribuirse a la palabra libertad?” (EP 2.248; CP 1.602, 1903).

El ser humano es capaz de dar sentido y hacer más razonable su propia vida y lo que le rodea, esto es, de descubrir e introducir nueva inteligibilidad en el universo. Para Peirce, este es el fin último o el ideal por sí admirable al

10 Cfr. C. S. PEIRCE, “*The Basis of Pragmaticism in the Normative Sciences*”, EP 2.377-378 (1906).

que aspira todo ser humano. El bien estético, en este sentido, es la evolución de la razonabilidad concreta (CP 5.3, 1901). La acción libre del sujeto es un medio para el crecimiento inagotable de la razonabilidad en el universo y su encarnación en aspectos concretos (CP 1.615, 1903). Por lo tanto, según Peirce, el desarrollo y la manifestación concreta de la razonabilidad es el fin y la verdadera libertad del ser humano, de modo que si no se buscase lo admirable, la vida humana se convertiría en esclavitud¹¹.

Esto abre a otra dimensión de la acción libre o autocontrolada del hombre, a saber, que al hacer que crezca la razonabilidad en el universo, el ser humano es partícipe de la creación. A través de su conducta deliberada se convierte en uno de los agentes naturales de la evolución del universo: “La creación del universo, que no tuvo lugar durante una cierta semana atareada en el año 4004 a. C., sino que está sucediendo hoy y nunca estará acabada, es este mismo desarrollo de la Razón. No veo cómo alguien puede tener un ideal más satisfactorio de lo admirable que el desarrollo de la Razón así entendido. [...] Bajo esta concepción, el ideal de conducta será ejecutar nuestra pequeña función en la operación de la creación echando una mano para volver el mundo más razonable en la medida en que, como se dice coloquialmente, ‘depende de nosotros’ hacerlo” (EP 2.255; CP 1.615, 1903).

Conclusión

Desde una perspectiva peirceana la libertad se presenta según un doble aspecto: como la capacidad que tiene el ser humano para autogobernarse según los fines que él mismo se propone, y como su capacidad de autocritica por la que revisa y juzga su propia conducta en vistas a un mejoramiento constante. Al mismo tiempo, la libertad es uno de los presupuestos básicos del pragmatismo peirceano, por cuanto éste es una doctrina lógica según la cual las concepciones se adoptan deliberadamente como guías para la acción en orden a ciertos propósitos. Al ser una máxima de la lógica que implica la concepción de acciones referidas a propósitos, el pragmatismo no puede ser realmente comprendido sin atender a las ciencias normativas en su conjunto. Pues las acciones de la razón que estudia la lógica son una especie de las acciones referidas a fines, es decir, son acciones deliberadas, sobre las cuales el sujeto ejerce autocontrol. La ética es la ciencia que estudia las acciones autocontroladas, mientras que la estética es la ciencia encargada de descubrir

11 Cfr. S. BARRENA y J. NUBIOLA, “Antropología pragmatista: el ser humano como signo en crecimiento”, *Peirce en Argentina*, II Jornadas GEP Argentina, 7-8 de septiembre de 2006. Disponible en Internet: <http://www.unav.es/gep/IIPeirceArgentinaBarrenaNubiola.html>.

cuáles son esos fines o propósitos de dichas acciones. Es por ello que para Peirce las ciencias normativas son una de las claves —junto con su teoría de las categorías—, para entender el pragmatismo.

Como se ha podido apreciar, la razón juega un papel fundamental en la noción peirceana de libertad. Para Peirce hay dos elementos de los que es impensable que carezca la acción deliberada: el primero y esencial es la determinación, por la cual el sujeto se propone alcanzar un fin determinado y prosigue la línea de conducta que se ha propuesto (*EP* 2.249; *CP* 1.605, 1903); el segundo, la facultad de autocritica efectiva, es decir, su capacidad tanto de reflexionar sobre el fin que quiere alcanzar y el modo de conseguirlo, como de revisar y juzgar su conducta, comparándola con un modelo o ideal, para obrar cada vez mejor, más libre y razonablemente (*EP* 2.249; *CP* 1.604, 1903). Entendida la libertad como autocontrol, no puede existir como tal sin ese aspecto de reflexividad y autocritica, al tiempo que no puede haber autocritica ni reflexividad sin autocontrol, esto es, sin libertad.

Otro rasgo importante de la concepción peirceana de la libertad es que no consiste en algo absoluto que otorgue al ser humano un poder irrestricto de autodeterminación. Peirce habla numerosas veces del vínculo estrecho y profundo que guarda el autocontrol con la naturaleza del hombre, con el entramado de sus relaciones sociales y con el fin último al que aspira todo sujeto. Obrar libremente no es de ningún modo, para Peirce, obrar según el propio capricho. Por el contrario, es inherente a la acción deliberada la presencia de elementos regulativos, sin los cuales el sujeto no podría establecer si su acción es correcta o incorrecta, buena o mala. Como explica Peirce en su descripción del acto libre, cada vez que el hombre revisa su conducta, la compara con un modelo, sea éste la resolución del sujeto, las reglas generales que él mismo se propone, o bien, sus propios ideales de conducta. En el pensamiento de Peirce, por último, la libertad no es un fenómeno que atañe al ser humano exclusivamente, sino que se extiende a toda la realidad. A través de su acción deliberada el sujeto no sólo da sentido y trata de hacer cada vez más razonable su propia vida, sino que introduce nueva inteligibilidad en el universo y contribuye al crecimiento de su razonabilidad.